IV Semana de Pascua

Sábado

a.- Hch. 13, 44-52: Nos dedicaremos a los gentiles.

La primera predicación de Pablo trajo en la comunidad abundantes frutos, pero también tuvo que pagar su precio, pues así como muchos aceptaron la fe, otros la rechazaron y les mandaron salir de la ciudad. Los que aceptaron su palabra, les pedían que siguieran hablando de esto al sábado siguiente (Hch. 13,42-43). La reunión del sábado siguiente, al ver el número grande de personas que querían escuchar a Pablo, los judíos organizaron la ofensiva con blasfemias contra su palabra. La reacción de Pablo es sabia y sensata: ya que los primeros destinatarios de la Palabra la rechazan, ellos tomas la decisión de volver sus pasos a los gentiles (vv. 46-47). La intención de Pablo era buena, llevar a sus propios hermanos la fe en Jesucristo, como cumplimiento perfecto de todo cuanto se había dicho del Mesías en las escrituras del AT. Si ellos que eran los primeros destinatarios de las promesas ya cumplidas en Cristo Jesús, no lo aceptan, serán los gentiles quienes se verán beneficiados, si aceptan la fe. La reacción de éstos es la alegría y el evangelio se difundía por toda la región (vv. 48-49). Aquí se ve como la mano de Dios acompaña la evangelización de los pueblos, en esa visión de cómo se construye la historia de la salvación, donde el aporte del hombre de fe, es fundamental. El ataque de los judíos, no se dejó esperar, persiguieron a los apóstoles, quienes luego de sacudir hasta el polvo de aquel lugar se marcharon a Iconio (vv. 50-51). Pero lo más importante, después del anuncio del kerigma es que desde entro los animaba el Espíritu de Dios: "Los discípulos quedaron llenos de gozo y del Espíritu Santo" (v. 52). Toda evangelización necesita al Espíritu Santo que anime a los misioneros y evangelizadores para que verdaderamente sea proclamado el kerigma, al igual que los apóstoles Pedro, Pablo, Esteban, olvidar esto, es sembrar sin la simiente de la fe: la unción del Espíritu.

b.- Jn. 14, 7-14: Quien me ve a mí, ve al Padre.

El evangelio nos habla de conocer al Padre. La súplica habla de una contemplación de Dios, ver a Dios en su plenitud. Moisés pide contemplar la gloria de Dios, pero Juan conserva el principio que ningún hombre ha visto a Dios ni puede verle (cfr. Ex. 34,18-33; Jn.1,18; 6,46;1Jn.4,12). Es el principio de la invisibilidad de Dios, según las Escrituras, Dios se muestra, al oyente de la palabra. Conocer a Jesús es reconocerle como el revelador de Dios. Conocer al Padre, pasa por el conocimiento del Hijo y la eficacia de la fe hace que reconozcamos en Cristo, el camino, la verdad y la vida. Conocer a Cristo es conocer al Padre, es su rostro humano por eso dice: "Si me conocéis a mí, conoceréis también a mí Padre; desde ahora lo conocéis y lo

habéis visto" (v. 7; Ex. 34, 18-23). Si bien, Tomás le preguntó por el camino, es ahora Felipe, quien pregunta por el Padre: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (v. 9). Queda claro entonces que el conocimiento del Padre, está condicionado al conocimiento del Hijo. También cabe la pregunta: ¿Qué habían conocido los apóstoles del Padre? Por la pregunta se deja ver que era muy poco lo que sabían del Padre. Les cuesta aceptar que Jesús, es la imagen del Padre, su Palabra más personal e íntima, hecha hombre. "¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?" (vv. 9-10). Precisamente porque Jesús está en el Padre, es uno con su Padre, contemplarlo es ver el rostro de Dios. Se comprende que ese ver y conocer al Padre, va mucho más allá de lo meramente intelectual, es una visión de fe, que es don del Padre y responsabilidad del hombre que lo ha recibido. Durante su ministerio muchos vieron y escucharon a Cristo, mas sin fe no lo reconocieron ni como Mesías ni mucho menos como rostro del Padre. Sin embargo, los que acogieron la fe, llamados por el Padre (cfr.Jn.18,24), si lo aceptaron como Hijo de Dios y camino de unión con el Padre, porque había venido como su enviado (cfr.Jn.13,20). A ver y conocer hay que agregar el creer, signo eficaz de la fe, contacto y experiencia personal de Dios por medio de Jesucristo, plenamente identificado con su Padre, uno con ÉL en su ser, en su voluntad y su obrar. Sus palabras y obras, son palabras y obras del Padre (v. 10). La eficacia de la fe son precisamente las obras que la corroboran la actitud de creer. "Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras. En verdad, en verdad os digo: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre (vv. 11-12). La fe y el conocimiento de Jesús, lleva a la acción, a las obras, signos de la presencia de Dios en la sociedad. Si a esta fe, agregamos la oración, alma de la comunión con Dios, se posee el arma para no sólo obtener gracias, sino que se permanece en la misma unión que goza el Padre y el Hijo. Ahí es donde la oración crea un espacio de comunión y unión con los Tres. Las obras de la fe y del amor son fruto del ejercicio de la vida teologal y de la gracia de Dios. Las obras serán florecidas en su amor, enseña Juan de la Cruz, sólo si contamos con el amor de Dios, que nos viene de la comunión con el Hijo y con el Padre. El conocimiento del Hijo asegura que las obras que hagamos sean la voluntad del Padre y hechas para su gloria.

San Juan de la Cruz, en poético lenguaje nos exhorta a como las flores del campo, nos dejemos bañar por la luz del amor y de la gracia divina, para dar frutos de esa intimidad y comunión con el Padre y el Hijo: "La flor que tienen las obras y virtudes es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual no solamente no estarían floridas, pero todas ellas serían secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas. Pero, porque él da su gracia y amor, son las obras floridas en su amor" (CB 30,8).

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD